

# EL SABIO D'ELHUYAR

POR

BERNARDO J. CAYCEDO

(Continuación)

## IX.—DEL MISMO PALO

Cuando Lorenza llegó a Santa Ana las relaciones entre su esposo y su hermano venían de tiempo atrás muy estropeadas.

El gastador D. Angel no reconocía deberle a su cuñado lo que había pagado por él, según los saldos de las cuentas liquidadas en Cádiz y en Cartagena. Además, empezó a sentirse más químico, más geólogo y más metalúrgico que Juan José y con autoridad poco menos que igual a la suya. Su trato desabrido ya le había ganado varios desafectos.

Sus ademanes eran insultantes: «Yo no tengo la culpa de que D. Juan José se haya guardado mi dinero aquí para que yo deba en España, ni hacerse pago de deudas caprichosas contra mi voluntad».

Con ese espíritu de insubordinación se había convertido en pesado lastre en el manejo de las operaciones mineras. No se interesaba por mejorar en su oficio. No leía las nuevas obras, ni gastaba en libros y, creyéndose muy sabido, no los pedía prestados. Así iba olvidando lo que había aprendido y haciéndose más agrio cada día. Los cuñados llegaron a no hablarse. Y Juan José se desahogaba confiándole a Vicuña:

«No ignora vuesa merced lo mucho que hemos hecho por él mi hermano y yo. Pues lejos de agradecerlo, lo niega enteramente y sostiene que por haberlo obligado a aceptar este empleo que tiene ha perdido otros mejores. Amigo: me corro de poner todas estas cosas, porque son tan absurdas que yo mismo, si me las escribieran, dudaría de su verdad. Lo más lastimoso es que la Lorenza, lejos de hacerle entender la razón, sigue las máximas de su marido. Pero, en fin, es mujer».

Don Angel, pertinaz, no quiso sujetar a un juez árbitro el arreglo de cuentas. Vicuña decidió cobrarle las suyas por mediación del Virrey. Informado Fausto de las desaveniencias, que ya no podían ocultársele al público, predicó paz, culpó por igual a ambas partes y, en un arranque de generosidad ofreció la solución del problema:

«Uno de los motivos, cuando no sea el principal, que, según veo, causa vuestras discordias, es la liquidación en que tenéis vuestras cuentas. No haya, pues, más disputa sobre este punto. Vengan acá, que yo abonaré el alcance de ellas a satisfacción del que lo dedujere».

Pero la grieta era más honda.

Al cuñado Angel no le gustaba que Juan José tuviese otras atenciones o negocios, fuera de la exclusiva administración de las minas de Mariquita. Y cuando se ausentaba el Director y él se quedaba encargado de sus funciones —cosa que no ocurrió más de cuatro veces— se propona buscar motivos para raerle la buena fama.

La noticia de su desaveniencia ya no cabía en la casa. Ella sola se esparcía por el pueblo y los obrajes. Don Pedro Diago quiso poner paz. Llamó a Honda al ingrato cuñado que se querellaba por no tener quien le ayudase cuando el Director se ausentaba. Don Pedro, generoso, le ofreció un empleado que él pagaría de su bolsillo. Y le predicó, por su lado, a Juan José: «Considere vuesa merced que debe sobrellevar y mirar por la hermana (que ojalá no hubiera venido)». Pero su tacto no fue suficiente y aquel mediador se retiró, con su buena voluntad menospreciada: «La de vuesa merced de 22 del presente me deja impuesto de lo determinado por vuesa merced, en virtud de los motivos que le asisten. A Angel le asistirán otros. Pero a mí sólo me asistió el de amistar a vuestas mercedes. Yo siento haber metido la mano en aquel particular, pero diré lo del negro: ellos son blancos, etc.» (160).

Desde hacía tiempo D'Elhuyar pensaba que el remedio definitivo era irse, irse muy lejos. Llegó a proyectar viaje al Perú. Aunque ya casado no era tan fácil. Además Mutis logró disuadirlo. Tampoco pudo acceder al deseo con que el Oidor D. Juan Antonio Mon y Velarde lo invitaba a pasar a la provincia de Antioquía.

Año agridulce para D'Elhuyar el de 1791, empezó con la separación de D. José Celestino Mutis. El clima fuerte y los continuos

---

(160) Archivo de Caycedo. Cartas de Don Pedro Diago a D'Elhuyar, a 22 de Octubre y 29 de Noviembre de 1793.

trabajos le tenían dañada la salud. El Virrey Ezpeleta decidió trasladar a la capital la sede de la Real Expedición Botánica, y con ella a su Director.

Aunque éste, en su Quinta de Mariquita, le había destinado a D'Elhuyar habitación para su hospedaje exclusivo cuando bajaba de su hurraño rincón, prefirió hacerle una larga visita de despedida en el Real minero y le avisó: «Estoy viendo de arreglar estos laberintos para subir allá la víspera de Pascuas y pasarlas en su amable compañía, con la condición que disponga usted que se me dé mi alojamiento en la casita junto a la iglesia, donde estuve posado, para mi retiro del rezo y estar próximo a la iglesia».

La media jornada de camino que los había separado hasta entonces no alcanzaba a romper la vecindad. Pero la distancia a la corte virreinal dejaba a D'Elhuyar sumido en su callada introversión, sin el amigo y consejero que ya no podía decirle: «Destierre vuesa merced ese diablo de melancolía, que es el más formidable enemigo de los hombres».

Por su parte Mutis añoraba también la vida sin complicaciones de su paisaje mariquiteño, a pesar de reconocer que se le había dado en Santa Fe una casa que para él era un palacio.

Y apenas llegado, empezó a enviarle tristes noticias al lejano compañero. El Virrey estaba no solo impaciente sino desconsolado por la dilación del beneficio de las minas. «Creo que en España reina mucha desconfianza —añadía Mutis— y para que usted lo sepa de una vez, me echan a mí la culpa diciendo que *estos son proyectos de Mutis*. El fuerte argumento contra mí se reduce a haberme perdido en las dos empresas, de la Montuosa y Sapo. Ya usted ve que ignoran todas las circunstancias de aquellas pérdidas, como las presentes del nuevo beneficio... Crea usted (y se lo digo con mucho rubor más por la gran parte que me toca) que harto hago en sufrir las desconfianzas de estas gentes, a quienes no los convencerá otra razón que la primera remesa de plata».

#### 4 Julio 1791

En Marzo (1791) se acercaba la fecha para dar principio al beneficio de los minerales. Pero aún faltaban elementos para las instalaciones e ingredientes para el proceso industrial. El Director pedía sal gema, de Zipaquirá; cobre para hacer las muñoneras y otras piezas de la máquina de beneficio; piedra de cal, para aprovechar lo que había aprendido en sus personales experiencias y en

sayos. Por fin concluyó la dichosa máquina y se libró de los carpinteros que le habían ocasionado tantas luchas. Empezaba la calcinación de la mena triturada y escogida y se estrenaba en esa labor el primer horno. El factor D. Juan Carpizo le pasaba los informes periódicos de las inversiones, que pedía Gardoqui, y D'Elhuyar se multiplicaba para hacer a un tiempo los papeles de Director, geólogo, minero, químico y oficinista.

A la angustia con que trataba de satisfacer todas aquellas ocupaciones y apresurar la remesa de plata, para acallar las críticas de quienes cargaban sobre él un retardo de que eran responsables otros, del Rey para abajo, se sumó otra angustia deliciosa, tan calladita como lo había sido la que acompañó sus preparativos matrimoniales. Era la apretada angustia de su primera criatura que se anunciaba.

Lejos se hallaba Mutis que, por médico y amigo, hubiera aliviado como nadie podía hacerlo el paso de aquellas horas difíciles.

Su casa, su famosa Quinta de Mariquita, estaba al cuidado de D'Elhuyar, y es razonable suponer que fuese allí donde nació la primogénita (161).

«Mucho pienso en mi Quinta —le decía el sacerdote—. Pero me consuelo con que no pudo tener suerte mejor».

Otro día: «Doy a usted mil gracias por su cuidado con la Quinta».

Y otro más: «Vuelvo a repetir a usted la molestia de la Quinta. Me importa mucho que prosperen los canelos, pues he visto el empeño con que se trata en Quito de llevar ese ramo adelante, en virtud de reales órdenes» (162).

Pequeño paraíso de árboles selectos y de hierbas salutíferas. Bosque de especias olorosas, a la vez deleite y droguería vegetal: la quina, el te, el guaco, la nuez moscada, la canela silvestre.

Bonito jardín para venir al mundo. Y aunque —recordando a Marañón— por «entonces la maternidad era fieramente homicida», no lo fue con doña Josefa, que el día de San Pascual Bailón alumbró felizmente.

---

(161) Su registro bautismal pereció con gran parte del archivo de la Parroquia. No lo era Santa Ana en aquel tiempo, por lo cual el dato sobre la fecha del nacimiento se ha obtenido por la correspondencia de parientes y amigos de D'Elhuyar.

(162) “Estudio sobre las Minas de Oro y Plata de Colombia”, por Vicente Restrepo. Bogotá, 1888. Pág. 240.



Retrato de Don Juan José D'Elhuyar



17 Mayo 1791

La parturienta debió de seguir el amoroso consejo que desde Santa Fe le escribía su padre: «A Chepa que no haga ni extremos ni disparates y se abstenga de frutas».

Para ella en aquel paraíso no una sola sino todas eran entonces frutas prohibidas.

En memoria de la abuela paterna llamaron Ursula a la niña. Mas para honrar al Santo de su nacimiento la llamaron también Pascuala.

Por fortuna, cuando la víctima empezó a hablar, se inventó en su media lengua el pasable diminutivo familiar de Ucha, con el cual todos la conocieron y llamaron hasta su muerte.

No hay señales de que la presencia de la niña hubiese mejorado las relaciones de los mineralogistas. En años posteriores veremos surgir la incurable enemistad, avivada una y otra vez por las ingratitudes del cuñado Angel.

Con la ausencia de Mutis, hasta el paisaje cambia. Adscrita la Quinta al Real de Santa Ana, su onerosa administración desequilibra el flaco presupuesto de las minas. Su conservación requiere la constante atención de un mayordomo y hasta seis esclavos.

Y aunque D'Elhuyar hubiese querido atender las recomendaciones del naturalista, no le era posible sin descuidar su principal obligación, por la cual le urgía con frecuentes avisos. Y así, meses después del nacimiento de Ucha, el plantío que amaba Mutis estaba casi perdido y el huerto arruinado, en parte por las condiciones del terreno y en parte por la escasez de las aguas en los últimos años.

Por eso y por innecesaria para el manejo de las minas, D'Elhuyar expuso al cabo del tiempo al Virrey sus razones para considerar que no era económica la administración de la finca, y aconsejó venderla.

Coincidente con el gozo que le trajo a D'Elhuyar la pequeña, asomaba la posibilidad de un negocio cuyo atractivo mayor no era el ser negocio sino el abrir una puerta de escape hacia otro lugar, único medio que veía para resolver el problema de su fastidioso cuñado.

Pero no se atrevía a proponerla al Virrey que le dejase en libertad de comprometerse en otra cosa, mientras no estuviesen funcionando las instalaciones del Real de Santa Ana.

Acostumbrado a sus ideales incumplidos resolvió esperar a que aquél madurase.

Era uno de los «proyectos de Mutis». Con cierta irónica amar-

gura éste repetía lo que le había oído comentar a la gente, que dudaba de su éxito. El sabio, pensando en sus frustraciones, se hacía eco de la frase intencionada, disolviéndola a quienes la proferían, como para insistir en que sus planes no eran simples fantasías y que estaban a un paso de la realidad.

Atraído D'Elhuyar por esa ilusión había hecho un primer ensayo, probablemente de un terrón de mena que le enviaron bien escogido, y le habría comunicado al naturalista el feliz resultado de su análisis, cuando Mutis desbordó su entusiasta gratitud, diciéndole: «Me acaba vuesa merced de dar pruebas nada equívocas del verdadero amor que me profesa, en el cuidado y prontitud del ensaye del Gran Sapo... Espero celebremos la buena noticia juntos. Algo bueno habían de producir tantos, tantos capones y los muchos más que nos comeremos en El Sapo» (163).

La empresa pertenecía a D. Pedro de Ugarte, que tenía gastados en ella más de veinte mil pesos, y a D. José Celestino, que le había dedicado sus ahorros y más de cinco años perdidos en aquella soledad. Allí lo había descubierto en 1782 el Arzobispo Virrey Caballero y Góngora, «sepultado —como él decía— en profundo letargo filosófico...; y con todo el imperio de quien manda» le ordenó poner tregua a sus trabajos y se lo llevó consigo.

Quedó el cerro de El Sapo olvidado largo tiempo y más olvidado aún cuando Mutis fue nombrado Director de la Real Expedición Botánica.

Trasladado a Santa Fe por el Virrey Ezpeleta, cuando se mudó el asiento de aquel instituto, su reunión con D. Pedro de Ugarte reanimó en él la esperanza de rescatar al menos lo que había impendido en aquella aventura.

Pero D. Pedro había empezado a declinar y no tardaron en aparecer en él claros síntomas de hidropesía. Fue una pena para D'Elhuyar que, muy recién llegado al país, había iniciado de lejos su amistad con D. Pedro, en la correspondencia que con él sostuvo sobre despachos de pólvora, de sal, de provisiones y demás elementos que se necesitaban para las minas. El regidor Ugarte atendía a todo ello con cuidadosa puntualidad. La mala noticia de que ya había dado el bajón que lleva a la muerte se la comunicaba a D'Elhuyar su suegro con dolidas palabras: «Yo quedo con este sentimiento

---

(163) Carta de Mutis a D'Elhuyar, 17 de Noviembre de 1789. "Archivo epistolar del sabio naturalista José Celestino Mutis". Tomo I, 149, Bogotá, 1947.



porque verdaderamente no tiene segundo y es notable la falta que ha de hacer».

### *12 Diciembre 1791*

Por Diciembre firmó D. Pedro el codicilo testamentario en que proveía lo que había de hacerse con la mina de El Sapo, después de sus días. Declara haber convenido con Mutis en que «dentre en compañía un sejeto práctico e inteligente en este beneficio, cediéndole la tercera parte del producto», previa deducción de los gastos hechos.

Este sujeto era D'Elhuyar.

A falta de hijos heredaron a D. Pedro su esposa, doña María Josefa Franqui y Lombana, y sus sobrinos Nicolás y José Antonio Ugarte. La viuda cedió a éstos sus derechos en la mina y, por su parte, Mutis prefirió separarse de la sociedad, a cambio de diez mil pesos a que ascendían las cantidades que había invertido en el negocio.

Y desde entonces el sabio, muy sabio, se dejó de minerías.

Entretanto Juan José trabajaba ahincadamente, a ver si para fin del año sorprendía al Virrey y alegraba al Rey con la primera plata de su mina realenga. Ya estaba cerca la dádiva de la roca hostil, pero él veía que un molino de arrastres no bastaba. Para activar la molienda y reducir a polvo el mineral elegido hacían falta nuevos molinos, si se quería acelerar los beneficios y menudear las remesas. Se lo dijo al Virrey, previniéndose contra eventuales cargos que quisieran hacerle por la lentitud de las operaciones. Pero eso sería para lo futuro. Por ahora se conformaría, para no retrasar más el fruto de tantos esfuerzos, con la harina metálica que alcanzase a machacar el rodezno del molino que ya le tenía listo el material tanto tiempo esperado.

### *30 Noviembre 1791*

Y el mismo día en que, tras larguísimo viaje le llegaron de España los mazos de hierro y otros elementos que hacía mucho había pedido, pudo anunciarle a D. Pedro Diago, el Oficial Real de Honda, el despacho de la primera plata fina de Santa Ana. Eran cuatro-

---

(164) Archivo Nacional, Bogotá. Sala de Catalogación. "Documentos Históricos". Vol. 169. Carta de D'Elhuyar al Virrey Ezpeleta en 30 de Noviembre de 1791.

cientos veintiséis marcos, cinco onzas y seis ochavas en pifia, destinadas a la Real casa de Moneda de Santa Fe.

Y con la natural satisfacción, pero sin alarde, le decía al Virrey: «Esta plata contiene un poco de oro, pero no es fácil el determinar su cantidad hasta que no se reduzca a barras; y así podrá Vuestra Excelencia mandar, si fuese de su superior agrado, que se ensaye en la Casa de Moneda para decidir su ley» (164).

Todavía andarán por ahí, de incógnito, en las colecciones de numismática o en olvidados cofres de familia, algunas de las monedas —reales, cuartos, maravedises— troqueladas en aquella plata aurífera en que cuajaron al fin los sudores y trasudores del minero-logista logroñés.

Pero cuando él pensaba que desde esa fecha u otra cercana oiría una palabra de congratulación por el éxito, aunque tardío, su viejo enemigo, el calendario, le jugó otra mala pasada. Porque una cosa era que la plata llegara a Honda, y otra muy diferente que llegara a Santa Fe y que luego se convirtiera en moneda y que de todo se le diera oportuna noticia al Rey.

En esto la perezosa inacción de los correos, fiados siempre a malos caminos, hoy a lomo de mulas fuertes pero tardas, mañana en canoas o champanes pausados, luego en paquebotes entregados a la voluntad de los vientos marinos, más adelante en coches de posta para llegar a la Corte, sin contar la forzosa escala en oficinas dormilonas, malograron una vez más el empeño del sabio. Y la buena impresión que él esperaba causar se trocó en la desabrida Real Orden que el Ministro D. Diego de Cardoqui le dirigió al Virrey Ezpeleta, casi un año después de que D'Elhuyar despachó, ilusionado, la remesa inicial de plata:

«Como en el informe que hizo Vuestra Excelencia en 22 de Marzo de 1791, el Director de las Minas de Plata de Mariquita, don Juan José D'Elhuyar, que se trabajan en la Real Hacienda, ofreció dar brevemente principio al beneficio de los metales extraídos de ellas, y han corrido ya más de diez y ocho meses, ha extrañado el Rey no haber recibido noticias de las resultas de las primeras fundiciones o de las causas que hayan podido retardarlas...» (165).

Si el monarca de «ojos grandes de asustado mirar» no había

---

(165) Archivo Nacional, Bogotá. "Miscelánea". Tomo 129, página 404. Carta de Cardoqui al Virrey Ezpeleta, fechada en San Lorenzo el 6 de Octubre de 1792.

advertido lo que muy cerca de él hacía en desdoro suyo la reina su esposa, se explica su extrañeza y la de su ministro Gardoqui por no haber recibido noticias del resultado de las primeras fundiciones, que habían sido descartadas años antes, cuando el señor su padre Don Carlos III había ordenado preferir el nuevo sistema de amalgamación y esperar a que se le comunicasen a D'Elhuyar las necesarias explicaciones, después de que su hermano Fausto las recibiese personalmente de labios del Barón de Born.

Y éste era el método que estaba usando D'Elhuyar, con alguna mejora de invento suyo. El Virrey reanimado a la vista de la primera plata, envió a Santa Ana doscientas cargas de sal para activar las labores. Y D'Elhuyar tras nueva remesa de dos cajones con cuatrocientos cuarenta y tres marcos y dos onzas de plata en piña, continuó las operaciones hasta donde alcanzaban los recursos de que podía disponer o hasta donde se lo permitían las dificultades en que le ponían sus superiores.

*29 Junio 1792*

Una de ellas fue la orden del Virrey para que en vez de enviar a Santa Fe los conos esponjosos de la plata en piña, como salía de los moldes, la fundiese primero. Pero los hornos de calcinación no tenían fuego suficiente, por lo cual D'Elhuyar, para obedecer al mandatario y dejar a salvo su propia responsabilidad le explicó: «Veré de ensayar la fundación de la plata en piña que produzca este Real Establecimiento, sin embargo de lo difícil que hallo se pueda hacer con la formalidad que previenen las leyes se ejecute en las Reales Cajas, a quienes es privativa esta operación...» (166).

El sobrino Chorivit, sin quererlo, también le había dejado a D'Elhuyar, al morir, su problema. Un problema que el mineralogista, asediado de contrariedades y preocupaciones, contribuyó a empeorar.

El sobrino, ya en las cercanías de su muerte, le había encargado que formase la relación de sus bienes y que remitiese el producto de la venta a su madre viuda. En el triste inventario de sus ropas, todas ellas usadas y algunas más que usadas, no había prenda de más valer que unos calzones de terciopelo. Los compró en quince pesos D. José Iglesias. Otras piezas tomaron varios de sus com-

---

(166) Archivo del Doctor Horacio Rodríguez Plata. Copia de carta de D'Elhuyar al Virrey Ezpeleta, a 14 de Julio de 1792.

pañeros. El cura D. Juan Higinio Forero se quedó por diez pesos con sus espuelas viejas de plata, que pesaban nueve y media onzas bien cumplidas.

Tenía, además, «una estancita de doscientas matas de plátanos, los dos tercios recién plantados, y una cuartilla de almud de yucas». Del total, pagadas las deudas, sólo quedó en limpio un saldo de poco más de ciento ochenta y nueve pesos que jamás vio la madre ausente, porque se hallaron envueltos en una demanda que se movió contra la sucesión del difunto Chorivit.

El acreedor era D. Juan Blas de Aránzazu, capitán de Milicias de la villa de Honda, oriundo de Madaria en la muy noble y muy leal tierra de Ayala. Su ascendencia de hijodalgo había sido reconocida por la Cancillería de Valladolid (167). En la época de estos autos D. Juan Blas vivía en Honda de los productos de un comercio de géneros de Castilla.

Aránzazu le había vendido a crédito al Factor de las minas Francisco Ruiz algunas mercancías que éste no alcanzó a pagar, porque le estrechó «el abrazo del gigante», la mortal calentura que con ese nombre diagnosticaba el humor de Mutis. Ya moribundo, confesó deberle al comerciante algo así como setenta pesos, de cuyo pago, por tener sociedad con el Factor, se hizo responsable el sobrino Chorivi.

Aránzazu presentó ciertas facturas en que la suma subía a más de cuatrocientos pesos. D'Elhuyar se negó a recibirlas por hallar alguna diferencia entre ellas. El comerciante se querelló de injuria y promovió el cobro judicialmente. Pero como D'Elhuyar no era fiador, ni heredero, ni albacea del muerto, su deber se limitaba a entregar las pertenencias de Chorivit que tenía en su poder o el precio obtenido por ellas. Desafortunadamente en vez de aplicar desde el principio esta fácil solución, se obstinó en su negativa, y sólo optó por ella después de años de acalorado litigio. Allí pereció su buena amistad con Aránzazu, pues no lograron aplacarlo los consejos que le daban su propio abogado en Santa Fe, D. Tomás Tenorio, y su buen amigo en Honda, D. Pedro Diago.

Cuando vio que podía restituirse a su paz, si alguna tenía, soltando los haberes del sobrino para no ver comprometidos los suyos, entregó todo al Juez Subdelegado de Bienes de Difuntos en Santa

---

(167) Archivo Nacional, Bogotá, "Genealogías". Tomo VI, Legajo 9. Fols. 332 a 340.

Ana. Entonces la condena se proveyó por el Oidor D. Joaquín de Mosquera y Figueroa no contra el mineralogista sino contra la causa mortuoria de Chorivit, en cuyo nombre se entendió en lo sucesivo el defensor de ausentes (168).

Y por el lado de su parentela de afinidad, tampoco habían de faltarle contrariedades a Juan José.

Sin querer amargarle la vida, sino antes bien, como una prueba más de afecto Gaona y Bastida quiso darle a su yerno los poderes para representarlo a él y a su esposa en la causa mortuoria de su suegro, don Félix Lee de Flórez.

A los quehaceres del mineralogista se agregaban así los que le venían ahora como letrado que no había estudiado leyes y que tenía que velar por los intereses de los sucesores. Deudas que habían de cobrarse, atención de los bienes muebles sobre los cuales revolaban las opuestas pretensiones de los herederos, mayordomo nuevo que había de ponerse en la hacienda de Doima, en vecindario de La Mesa de Juan Díaz, porque al anterior se le habían despertado unas ambiciones que alarmaban a Gaona: «La hacienda no es de ganados, ni cacaguales (cacaotales) ni en el día hay otro fruto que unas cañas viches (verdes) con que ¿de dónde sacábamos para darle cacao, pan, tocino, pollos, gallinas, verduras y las demás gollerías que expresa?... (169).

### 31 Enero 1789

Desde que, a solo dos meses de su boda, se vio D'Elhuyar comprometido a aceptar aquella representación, un pequeño mundo de emulaciones le traía empeñado en hacer de compondor, procurando poner de acuerdo a los contrarios pareceres.

Eran seis los herederos Lee de Flórez. Algunos querían que los gastos de la casa corriesen por cuenta de la testamentaría, lo que objetó Gaona, marido de doña Antonia, entre otras razones porque el Presbítero D. Jerónimo había llevado el peso de la familia. Francisca alegaba nulidades de la causa. Rafaela proyectaba vender su derecho a Vicente en una casa de la sucesión, en que tenía mejor

---

(168) Archivo de Caycedo. Autos promovidos en 1790 por Don Juan Blas de Aránzazu contra D'Elhuyar, para el cobro de deuda de Don Jerónimo Chorivit.

(169) En archivo de Caycedo. Cartas de Don Francisco Gaona y Bastida a D'Elhuyar, de 31 de Enero de 1789 a 29 de Marzo de 1791.

derecho Ana María, la soltera que esperaba la partición de bienes, sin urgencia, y de las joyas había recibido a gusto de todos «unas libras de plata labrada, vieja y maltratada, unos platos de moda, una pulsera de oro y perlas y granates y unas manillas de cuentas de oro».

D'Elhuyar consiguió que celebrasen un convenio. Pero a sus oídos llegó la falsa especie de que su suegro no aprobaba la transacción y hacía testimoniar por su cuñado cierta carta en que se suponía que notificaba esa decisión a su yerno. La reacción de éste fue inmediata. Sintiendo desautorizado ofreció renunciar los poderes que se le habían dado.

Pero como todo se había urdido por interesados en dañar con mentiras el arreglo tras tanto esfuerzo logrado, Gaona deshizo el malicioso engaño y le predicó al yerno:

«...no es regular que yo mande poder a otro para la distribución y fin a que se reduce mi carta. Ya ha experimentado vuesa merced que sin que yo tratase de impugnar nada de los que vuesa merced hizo y que el convenio que se trató fue bajo de orden de vuesa merced, no faltó quien le escribiese que yo lo había repugnado y que mandaba poder en contrario. Si esto tuvo valor para escribírselo a vuesa merced, que le consta ser falso y subrepticio ¿qué se dirá de mí y de vuesa merced si yo remitiese el poder a otra persona? Cómo lo gloriarían contra mí o contra vuesa merced los mismos contrarios. Qué befa no harían, fuera de que una vez que vuesa merced admitió el poder, se hizo dueño de la causa, y sin justas razones ni yo puedo innovar ni vuesa merced dejarlo... Y así le suplico que, olvidando todo lo pasado por Dios, pues tiempo es de esto y atendiendo a los malos resultados que todo tendrá, se interese vuesa merced en que se evacue todo, sin que demos lugar a que en lo judicial nos sacrifiquen...»

Y Gaona renunció noblemente en el cura de Mariquita los derechos que por su parte le correspondían. «Habiendo venido mi hermano el Doctor Don Jerónimo Lee y tratándome del asunto, atendiendo al inexplicable bien de la paz y de la caridad que, como dice San Pablo, es paciente, dulce, suave, humilde y desinteresada, que todo lo sufre, todo lo cree y lo obra todo, y por conservar la buena armonía que siempre hemos guardado, he venido en convenir en que él me reemplace a mí en lo que me debe corresponder»

## X.—EL ALTO DE LA SOLEDAD

Desde el Real Seminario de la señorial villa de Vergara y desde su laboratorio donde nació el tungsteno, se columbraba, tras del esbelto campanario de San Pedro, el Alto de la Soledad.

Su reminiscencia acude, en la historia del sabio D'Elhuyar, al recordar que los breñales donde habitaba eran otro alto de soledad, aunque no llevasen este nombre.

Esta vida de tantos años de aislamiento ¿cómo era?

El sigue siendo el geólogo que recuerda a Werner y el químico que no ha olvidado a Bergman ni a Rouelle. Analiza la roca que ha visto picar a los mineros, soterrándose en la oscura humedad de los socavones. Examina las muestras de diferentes minerales que le envía de Quito el Presidente, o de Guayana D. José Luis de Basanta, o de Popayán D. Nicolás Prieto Dávila, o de Pamplona D. Antonio Ignacio Gallardo, o de la Vega de Supía D. José Sebastián Moreno de la Cruz.

Pero los informes que sobre ellos haya de dar serán simplemente oficinescos.

El laboratorio le está repitiendo a la naturaleza unas preguntas que él mismo se contesta y que luego trasmite a unos empresarios que sólo buscan el éxito por los caminos de la economía y de la industria. Ya no está tratando de sorprender nuevos secretos. Ya no siente la aventurera atracción de los resultados imprevisibles.

Limitado al trabajo que se le había confiado, es apenas el mineralogista un buen profesional que aplica sus conocimientos a un caso concreto. O sólo una parte de ellos. El resto de la ciencia que aprendió en Francia, en Sajonia, en Hungría, en Bohemia, en Suecia, en su quieto retiro de Vergara, se le ha quedado sin uso en un escondrijo del cerebro. Ha perdido sus relaciones con los profesores de la Ilustración europea, y su patria ha desaprovechado lo más valioso de su talento.

Vida sin camaradas, sin científicos que pudieran seguirlo en su vuelo, o más bien en su descenso a las profundidades de los temas preferidos. En su descenso, porque, habituado a perseguir en la hondura las vetas fugitivas, para arrancarles más su enseñanza que su riqueza, el geólogo taciturno no tenía allí con quien compartir el fértil ideario de sus deducciones.

La arista hostil de su cuñado no invitaba a la confidencia. Cualquier conversación alta se agotaba entre el cúmulo de pequeños detalles de la administración minera; que si los negros se escapaban;

que si el oficial real retardaba los salarios; que si la pereza del haragán detenía el ímpetu del brazo; que si la inteligencia era distraída y absorbida por las cuentas del mercado o de la pólvora o por la costumbre burocrática del Factor de las minas.

Antes, de vez en cuando, raramente, bajaba desde su nuevo alto de la Soledad a Mariquita y eran los únicos instantes en que se regodeaba conversando con Mutis. Pero desde que éste se fue al Reino, sus conversaciones eran por carta.

Para ser buen negociante le faltó malicia. En su vida se descubre siempre el empeño de una liberación económica, anhelosamente perseguida por el hombre de ciencia. Liberación de la escasez, manumisión de las deudas. También por librarse de ellas, por completar lo que necesitaba para llevar en vilo una familia anduvo su padre, el cirujano D. Juan, repartiendo su tiempo entre las más diversas actividades. Al insuficiente rendimiento del bisturí le ayudaba destilando las zurrapas de los vinos riojanos. El hijo, que no vio cuajar en doblones sonantes la plata de las minas de Mariquita y de el Sapo, buscó en agrestes landas de pan coger el caudal para saldar deudas y dejarles algo a los hijos que vendrían en regular marcha invasora.

Y rodaban los días monótonos sobre su trabajo y sobre su alma.

De las cuentas domésticas que en parte se conservan, es fácil seguir el hábito de su nutrición. En ellas pueden repasarse los aparadores de su despensa en las cosas del diario yantar. Muchas carnes grasas, de esas que la dietética moderna aconseja suprimir o reducir, por precaución o curación, y que antes se ingerían en la más feliz libertad, sin saber las consecuencias. Pero además frutas, hortalizas, cereales. Todo con poca variación. Por adelantado se le pagaba la olla del mes a señora Francisca Montero, y el dulce o «dulzada», como a veces escribía Pastrana, a doña Ana María Lee, tía de la mujer de D'Elhuyar.

En una pesada mancerina con su aro de plata en el centro para sujetar la jícara, se le servía el chocolate. Como buen riojano, que recordaba las jugosas viñas del Ebro, no faltaba en su mesa la botijuela del «bon vino» que Berceo había catado y cantado en paraje cercano a su patria chica de Logroño.

Y luego los mazos de tabaco en hoja, y los cigarros mismos que se guardaban en una tabaquera bordada. Porque el fumar, aparte de otras virtudes que le extraen los que fuman, espantaban los mosquitos obstinados que, sin embargo, entre una y otra bocanada, saben donde picar.



En la relación de sus bienes hay «una Virgen de pincel con media caña». Es una bella pintura al óleo, que todavía se conserva, con la tradición familiar de que, enrollando el lienzo en la media caña, el mineralogista llevaba consigo la imagen a todas partes en sus viajes y correrías. Para acreditarlo, la argolla de la cual se colgaba ha dejado su testimonio en los huecos y peladuras que dañaron la tela a trechos iguales.

La religiosidad tenía también sus cifras en la contabilidad casera del mineralogista. Continuas oblaciones a Nuestro Amo, la Virgen del Rosario, San Juan de Dios, San Antonio. Misas y otros sufragios por las ánimas benditas y constantes limosnas a los necesitados que llamaban a su puerta.

Poco después de su llegada pidió una y otra vez que se nombrase un cura para Santa Ana y Lajas. En 1792 advirtió que la necesidad de un sacerdote era mayor, porque la población pasaba ya de «quinientas almas, entre vecinos, empleados y trabajadores». Se le nombró al presbítero D. Buenaventura Serrano, pero éste falleció antes de la canónica colación del beneficio. Se le reemplazó entonces con el doctor Juan Higinio Forero.

De su atavismo castellano y vasco le venía a Juan José su naturaleza hondamente devota. Cita Gallop el antiguo proverbio «*qui dit basque dit catholique*» para recordar que «en el siglo XVI, cuando tanto se extendió el protestantismo en el reino de Béarn, fracasó al intentar implantarse en las provincias vascas vecinas. Se dice que Juan D'Albret sólo consiguió que se convirtieran once personas, ni más ni menos» (170).

Los seis mineros alemanes que habían llegado a Santa Ana bajo la dirección del facultativo Manuel Dietrich eran protestantes. Su nivel cultural no subía mucho. En informe al Virrey dice D'Elhuyar, para explicar por qué no es posible esperar de ellos el tipo de colaboración que se había imaginado: «...son meros obreros de minas, de los cuales tres no saben escribir. Digo esto porque en la Real Orden se dice que estos facultativos son de la mayor inteligencia...» (171).

Inteligentes sí. Y buenos también. Pero sin mayor instrucción. D'Elhuyar se propuso adoctrinarlos en el catolicismo sin forzamiento.

---

(170) “Los Vascos”. Madrid, 1948, pág. 50.

(171) Archivo Nacional, Bogotá. Sala de Catalogación, 169. “Documentos Históricos”. Correspondencia entre 14 de Julio y 9 de Noviembre de 1791.

tos ni premura. Mutis se impacientaba: «Tampoco me contesta vuesa merced sobre la entrada de los alemanes a la iglesia.»

El Virrey Ezpeleta ordenó a D'Elhuyar destinar sin tardanza «dos alemanes, uno teórico y otro práctico» para el laboreo y beneficio de los minerales de oro de Quebralomo, como se lo había pedido desde Popayán Don Nicolás Prieto Dávila.

D'Elhuyar escogió a los operarios Juan Baer y Juan Burckhart. Pero remoloneaba en espera de que fructificase la acción catequística. Hasta que resolvió sugerir francamente que suspendieran los sajones el cumplimiento de aquella comisión «hasta que efectuasen su reconciliación con la iglesia».

#### *14 Julio 1791*

Y con ese fin dirigió en la misma fecha una carta al Arzobispo. Del éxito que obtendría son testimonio las palabras que este le repuso, para informarle que le había encargado aquella misión al Presbítero Bartolomé de Espinosa y pedirle que diese a este cuanto pudiera conducir —le decía el Arzobispo Martínez Compañón— «a la más segura y fácil consumación de una obra tan santa, y para la que parece haberse el Señor querido servir de vuesa merced como de instrumento» (172).

Porque su piedad le ganó la confianza del prelado, su tío político Don Jerónimo Lee de Flórez, cura de Mariquita, acudía a su mediación cuando trataba de obtener alguna gracia o explicar algún acto de su vida pastoral. «No deje, cuando se ofrezca hablar con su Ilustrísima, de hacerle presente las justas causas que tuve (y que vuesa merced no ignora) para no admitir el curato de Honda, para que dicho Señor no piense haber sido acto de soberbia, por no haberme dado el que pretendía».

Otra vez le dijo denodadamente su angustia familiar, su ardoroso celo del linaje: «Me han informado que el intempestivo viaje que a esa (Santa Fe) ha hecho mi hermana Rafaela, ha sido con el intento de casarse con un mozo llamado Juan Nepomuceno Carrillo, hijo ilegítimo y de baja esfera. Su oficio, organista. Este vive frente a la Artillería, por la parte de atrás, en casa de unas beatas. Y siendo este hecho, si acaso es cierto, un borrón notable para nuestra familia, le he de merecer se interese en descubrir la verdad con el sigilo

---

(172) Archivo de Caycedo. Carta original del Arzobispo Don Baltasar Jaime Martínez Compañón a D'Elhuyar, en 29 de Julio de 1791.

que corresponde y si hallare ser cierta la loca pretensión de dicha mi hermana, haga personería para impedirlo según las Reales Pragmáticas de nuestro soberano».

No podía tolerarlo. No podía. Y toda su limpia sangre revuelta buscaba en el sabio la defensa contra el pobre organista que podía mancillarla.

\* \* \*

D'Elhuyar se ha vuelto más administrador que científico. Y ha dado prueba de sus buenas capacidades en economía, en forma de programas de trabajo que se aceptaron y de consejos que se desatendieron. Las buenas ideas morían y los entusiasmos se apagaban en una maraña de dificultades, objeciones y requisitos. Buen camino para el desaliento y por él al escepticismo.

Había encontrado en el operario alemán don Jacobo Wiesner cualidades que lo indujeron a enseñarle prácticamente los rudimentos de la minería. De la instrucción que le dió para examinar y medir las minas de Pamplona, para la compañía de Don Antonio Gallardo, se ve la confianza que tenía en él y los adelantos que el sajón había hecho en su oficio. Ya no era solo el trabajo físico de horadar la roca. Para el que tenía que hacer lejos de su Director llevaba buen acopio de conocimientos en matemáticas y geología. Debía anotar «los ángulos, horas y largo de las cuerdas, en distintos pliegos, para rectificar de nuevo las medidas en que se halle una diferencia notable. Ejecutadas que sean estas me las mandará para hacer los cálculos correspondientes y el plan que servirá después de guía para las labores» (173).

A más no se atrevía.

En cambio a Antonio Gago le confiaba misiones que presuponían familiaridad con la mineralogía. De sobrestante mayor de la mina Manta había pasado a empleo mejor en la de Santa Ana. Oriundo de Valladolid, vino al Nuevo Reino y acompañó a D'Elhuyar desde el comienzo de sus trabajos en Mariquita.

El fue escogido para una excursión de estudio a Panamá, Portobelo, Darién, y Veraguas, en la cual hizo minuciosas observacio-

---

(173) Archivo Nacional, Bogotá. "Documentos Históricas". Sala de Catalogación, 169. Fol. 45. Instrucción de 2 de Agosto de 1792.

nes sobre geografía, petrografía, meteorología y botánica (174).

Aunque de preferencia buscaba minas de oro, como su beneficio necesitaba el azogue, parece que llevaba encargo especial de averiguar por yacimientos de este metal líquido. Por su parte Mutis le encargó que mirase si había árboles de quina.

Un año o poco más duró la expedición de Gago. Recorrió pacientemente las montañas de Paca, de Pácora, Mariprieta y San Francisco, Cañazas y Cerro Viejo y, sobre todo los antiguos y famosos veneros de Santa Cruz de Cana y del Espíritu Santo. Su informe no supera los de otros exploradores que le precedieron y le siguieron en la ardua correría, especialmente el que presentó al Virrey el Gobernador del Darién, Don Andrés de Ariza, pocos años antes del viaje de Gago.

Cuando éste penetró en los remotos andurriales todo estaba quieto y abandonado, desde que los indios chucunas y guainés y los piratas franceses e ingleses, en sucesivas incursiones, obligaron a los mineros a retirarse. Con ingenuo empirismo Don Antonio creyó hallar la bocamina de las antiguas explotaciones y el origen de todo el oro de la región en el cerro de Queremacu y dedujo que el oro del Espíritu Santo se empobreció porque pudieron haberlo robado las aguas.

Para complacer a Don José Celestino Mutis, en toda su ruta iba escudriñando los montes, en persecución de la quina. Nada. Ni una pulgada de la preciosa corteza. Mutis desconfió de que la hubiera buscado y Don Antonio pidió a D'Elhuyar que le ayudase a justificarse, pues temía haber perdido su fama de hombre eficaz (175). En cambio encontró la que en Veraguas llamaban yerba de te, no la escobilla, «sino otra que es muy estomacal y en el gusto parece el perfecto oriental».

Ya de regreso, repuesto de cuartanas, volvió a tocar en Portobelo y se acordó del azogue. Corría la voz de que allí podía encontrarse el codiciado yacimiento. D'Elhuyar había dado una «Instrucción para el descubrimiento de las vetas de azogue».

«Se juzgará con certeza que no está lejos la veta cuando junto con el azogue se hallen algunos pedazos o vestigios de cinabrio».

---

(174) Dejó Antonio Gago sus apuntamientos en un curioso "Diario General de la Exploración de Minas, hecha en las Provincias del Darién, Panamá y Veraguas, de Orden de la Superioridad del Excmo. Sr. Virrey y de cuenta de la Real Hacienda, a la que di principio el día 5 de Febrero de 1788". El original manuscrito en el Archivo de Caycedo.

(175) Archivo de Caycedo. Carta desde Panamá, 1.º de Marzo de 1789.

Y recordando sus viajes de estudio en Europa, «el examen de la roca o peña —decía— sirve para asegurarse en parte de la existencia de la veta. En las minas de Almadén, en las de Ydria, en Austria, y en las de Hungría, que son las principales minas de azogue, la roca o peña es una especie de pizarra azul o gris, que se divide en capas o lajas».

La noticia del azogue de Portobelo, la había comunicado a la corte Don Sebastián López Ruiz, el mismo que le escamoteó al naturalista Mutis el descubrimiento de la quina. Aseguraba que «casi todo el terreno de Portobelo era un precioso manantial de azogue, sin mineralizarlo con cinabrio o bermellón».

El Ministro de Indias, Don Antonio Valdés, dudó de la buena noticia. «La experiencia de los repetidos gastos que en semejantes exploraciones se han expendido sin utilidad, por la ligereza o falta de instrucción con que proceden los más a graduar de ventajosos esos hallazgos, me obliga a desconfiar de las ofertas que sobre el particular recibo continuamente».

Y encargó al Virrey encomendar el examen de las muestras «a sujeto de imparcialidad y celo por el mejor servicio del Rey». Naturalmente ese sujeto fue D'Elhuyar.

Don Antonio Gago había sido muy cauto al informar sobre su investigación en Portobelo. Excavó junto a la cárcel a la profundidad de una vara y a la de dos en el barrio de Guinea. En ambas halló azogue puro, pero advirtió: «No se puede hacer juicio de que dichas producciones sean venidas de algún mineral inmediato».

D'Elhuyar recibió el expediente formado por López Ruiz y tres cajoncitos de muestras, correspondientes a Portobelo, Cruces y Panamá. En el primero halló algún azogue, en el segundo más y en el tercero nada. Toda era tierra superficial, en la cual el azogue no estaba mineralizado. Es decir, no había señas de una piedra matriz de donde procediese, sino que era mercurio virgen, sin relación alguna con la arena, la turmalina y la greda blanca que lo retenían. Desperdicios del metal usado para la amalgamación de la plata.

D'Elhuyar recuerda una vez más sus excursiones y experiencias en las minas de varias naciones de Europa. En ninguna encontró antecedentes al descubrimiento de López Ruiz. «Cualquiera que maneje azogue conocerá que tienen muy poco fundamento las razones que alega López para eludir la sospecha de que pueden ser derrames casuales acaecidos cuando se conducían por allí a Lima», decía.

Y se adivina en sus labios una sonrisa bonachona y socarrona, cuando comenta:

«Si el hallazgo de azogue disperso en las primeras capas de la tierra fuera señal cierta de mineral de ese metal, Mariquita y todo el camino de esta ciudad a Honda lograría esta prerrogativa, pues los muchachos lo recogen con frecuencia en las acequias de la ciudad y en el mencionado camino. En el Real de Lajas se sacó azogue abriendo un hoyo para poner un estantillo de una casa que se está construyendo. Se puede asegurar con bastante probabilidad que en todos los reales de minas donde se hayan beneficiado los minerales de plata por amalgamación se hallará igualmente el azogue en el mismo estado» (176).

Así a veces el Director tenía que ocuparse no solo en el estudio de minas reales sino de minas imaginarias. La ignorancia hacía creer en recursos opulentos, que sólo esperaban un pequeño esfuerzo para devolverlo centuplicado en copiosa ganancia. Una especie de superstición mineralógica se divulgaba como firme creencia, difícil de extirpar. Bastaba una exigua muestra con apariencias de metal fino para crear un mundo de ilusión y de dorada mentira.

Entonces consultar al hombre de ciencia era exponerse a un resultado ingrato. Quitarle sus sueños al que no poseía otra cosa tenía algo de crueldad. Y cuando era más que sueño y el soñador se obstinada en explotarlo por métodos o sistemas ya anticuados, por adhesión a la rutina, entonces el Director tenía que empeñarse en derribar las gastadas normas del empirismo. Y con frecuencia tenía que ser un profesor de desengaños.

\* \* \*

Las mortales enfermedades del trópico hacían aún más solo aquel alto de tanta soledad.

Parecía que obtener el cargo de Factor de las minas era llegar a los propios ejidos de la muerte.

Cosa de mal agüero, ya dos de esos funcionarios habían fallecido en el bienio anterior y ahora le llegaba el turno a Don Juan Carpizo. Desde una cama del Hospital de San Juan de Dios, de

---

(176) Archivo Nacional, Bogotá, Sala de Catalogación, n.º 169. Fols. 303 a 309. Informe de D'Elhuyar al Virrey, fechado en Santa Ana el 16 de Diciembre de 1790.

Mariquita, miraba la exuberante vegetación llena de vida y sentía que la suya se le agotaba. Para las cuentas y demás funciones de su cargo se le dió por adjunto a Antonio Pastrana. Por algún atraso el oficial de Real Hacienda de Honda le había liquidado un alcance de más de quinientos pesos.

### *1.º Septiembre 1793*

El pobre de Carpizo no alcanzó a reintegrarlos ni a justificarse y murió dejando en estrecha situación a su mujer y varios hijos. Al parecer hizo testamento de su escasa fortuna y dejó por albacea a Don José de Mesa y Armero.

Ajetreado por el envío de los sueldos de los operarios alemanes que trabajaban en Pamplona y en Popayán, Pastrana se vió también alcanzado él mismo por el extravío de algunas remesas. El Oficial Don Pedro Diago lo arraigó en Mariquita mientras se aclaraba el negocio. Pero Pastrana consiguió que Don Angel Díaz lo reintegrase provisionalmente a su puesto, con lo cual le facilitaba la reposición del dinero perdido.

Unos meses después, ausente D'Elhuyar, Pastrana se casó con Bárbara García en el pueblo y en la fiesta de Santa Ana.

Nada le había dicho a D'Elhuyar. Y ahora, todo confuso y avergonzado de su reserva, trataba de disculparse al darle noticia atrasada de su casamiento. D'Elhuyar, acordándose del suyo, que también se había hecho jugando al escondite, no podía reprenderlo. Antes, lo quería bien y lo había recomendado para suceder a Carpizo en el empleo de Factor, conjuntamente con Don Antonio Gago, para que se repartieran el sueldo. Pero eso no era regular.

Entonces aconsejó nombrar a Don Francisco Javier de Zabaraín, que había dejado buen recuerdo como diestro oficial de pluma de la Expedición Botánica. Su habilidad de escribiente consta en sus cartas, de la más perfecta caligrafía y de la más mediocre literatura.

Con una y otra agradece a su protector le haya dado ocasión de llevar a su esposa a un clima que creía propicio a su salud. Y agradece también «la esquelita de mi señora Chepa en que anuncia unos presagios que huelen a socarrina y chicharrón en cuanto a mi ida a Santa Ana, a lidiar con el castellano» (Don Angel Díaz).

Y así fue. Su prudencia no le bastó para evitar disgustos, y se estrenó en su empleo, como él mismo lo dijo «tragando saliva, hasta que Dios quiera».

XI.—EL AGUILUCHO

Don Felipe Ramos, amigo de Juan José, despachador de sus correos en Honda y proveedor de cuanto necesitaba, le dijo una vez:

«Con el portador remito la cuna, la que no he hallado quien la vista a mi gusto y, por no demorarla más, la remito desnuda» (177).

¡Quién iba a saber entonces que en ella dormiría su primer sueño un futuro justador de la libertad! Ni sus mismos padres podían haberlo vaticinado.

Tal vez, con mejor gusto que el de Ramos, la mullirían de plumón, la vestirían de finas holandas y la colgarían de seda de capullo. Mosquitero, no lo necesitaba en el clima de la corte Santaferña, a donde iría la madre cuando se acercase la fecha calculada.

8 Enero 1793

Y así ocurrió. Alojados en la casa de Gaona de la Bastida, allí nació el único varoncito de la familia el día de los Santos Luciano y Apolinar. En él no se repitió el tradicional nombre de Juan. Púsole óleo y crisma D. José Celestino Mutis, Presbítero Domiciliario de la Arquidiócesis y le dio los nombres de José Luciano. Lo tuvieron en la fuente bautismal sus padrinos el Regidor D. José Caycedo y Flórez y doña Ana María Bastida y Lee (178).

La cunita desnuda que envió D. Felipe Ramos y que alhajaron sus padres no tenía entonces sentido histórico. Aunque de mimbres silvestres u olorosas maderas nativas, hoy se conservaría amorosamente, si subsistiese, como la cuna dorada del rey de Roma. Y, con mejor título que ella, se mostraría a la posteridad tras el cristal de un museo, porque aquel sentido que no le dio el tier no infante José Luciano, se lo infundió, y muy hondo, la vida y muerte del futuro campeador de las huestes juveniles que acompañaron a Bolívar en la liberación de Venezuela.

23 Junio 1793

Pocos meses después era Fausto quien desde Méjico anunciaba su paternidad diciéndole a su hermano: «Aunque de priesa, no quiero dejar de participarte que el día 23 del corriente dio a luz mi Alemana, con toda felicidad, una niña sana y robusta. Se le ha

---

(177) Archivo de Caycedo. Carta de Don Felipe Ramos a D'Elhuyar, en 12 de Septiembre de 1792.

(178) Archivo de la Catedral de Bogotá. Libro de Bautismos de Españoles, vol. 35, de 1780 a 1793. Folio 144.



puesto el nombre de María Luisa Gonzaga, por no haber querido su madre que tenga el suyo» (179).

Pero al Aguilucho hay que dejarlo crecer, hasta que labre su propia biografía. Y volver a su padre, que justificaba su presencia en Santa Fe y su temporal abandono de las colinas berroqueñas donde trabajaba, no con el nacimiento del hijo, sino con la preparación de un largo informe en que intentaba persuadir al Virrey a que aceptase un osado programa, si es que él y su Rey querían sacar de aquellas minas algo que mereciese los esfuerzos que ahora se estaban malgastando.

Los jornales de los trabajadores libres costaban más que la manutención de los negros esclavos. Y aunque éstos le habían dado al Director, con sus cimarronadas y holgazanería tantos afanes y malas experiencias, su empleo reducía el costo de la producción. Y si a los indios no se les permitía ocuparse en el trabajo de las minas, en cambio, desde muy antiguo esa labor se miraba como más propia de los esclavos. «Y que los mineros se provean de negros en la cantidad que pudieren», decía una Real cédula de 1601.

D'Elhuyar, años antes, había mostrado sus reservas a este sistema. Pero viendo que a los Virreyes Gil y Lemos y Ezpeleta les intimidaban los salarios de los obreros libres, recordó el proyecto de don Luis de Rieux y optó por recomendar se adquiriesen 200 esclavos, precisamente el número que había aconsejado el médico francés.

«Bien conozco que el gobierno no debía entrar en esta clase de especulación de ahorros porque teniendo gente que por no hallar ocupación está ociosa y sin trabajar, se le debían proporcionar los medios de su subsistencia, facilitándoles ocupaciones en esta clase de establecimientos».

Pero estos escrúpulos suyos fueron excepcionales. La esclavitud era entonces cosa natural. Y si hoy nos despeluzamos de horror ante ese comercio de seres humanos, la triste verdad es que fue por siglos el medio de pingües negocios y una de las más importantes bases de la economía.

Puesto a hacer cuentas D'Elhuyar no podía escapar a la evidencia de los números. Entre el jornal de tres reales que recibían los peones y la subsistencia diaria de un esclavo, que no llegaba a un real, había un abismo. El sistema más económico «es el que

---

(179) Archivo de Caycedo. Carta de Fausto a Juan José, en 30 de Junio de 1793.

constantemente se ha practicado en el reino y se usa para el laboreo de las minas de oro corrido y de veta, que sin este auxilio estarían enteramente abandonadas».

Nada ignorante en cuestiones de economía pública D'Elhuyar decía: «Es cierto que la circulación del dinero que resulta de las pagas que se hace al peonaje libre, es mucho más ventajosa que la que proviene de las cuadrillas de negros... y corre por una infinidad de manos, vivificando todos los conductos por donde pasa».

Por eso el arbitrio que él proponía era provisional. Había que buscar nuevas vetas en los socavones antiguos, para que no pesara sobre una sola la carga de los gastos.

Y, por otro lado había que acabar con la cortedad y apatía de los particulares para animarlos a explotar las minas de las comarcas circundantes. Sustituir algunas de las normas de las viejas legislaciones de Castilla y de las Indias por otras de las ordenanzas de Minería de Nueva España para estimular la iniciativa privada y hacer una política de puertas abiertas (180).

Nada omitió D'Elhuyar en su informe para ilustrar al gobierno y despejarle los ojos. Se necesitaba fomentar con franquicias y auxilios la acción de los empresarios; traer de España las herramientas, que resultaban más baratas; buscar la ayuda financiera; proveer de pólvora barata las explotaciones, distribuir el personal experimentado en los veneros; procurar la constitución de compañías para agrupar el esfuerzo de los inversionistas y para repartir los riesgos.

Pero hubo una cosa que asustó al Virrey cuando D'Elhuyar pidió: «Que en lugar de los 1.700 pesos mensuales se aumente la dotación a \$ 2.065 para cubrir los costos que tendrá este nuevo plan» (181).

Y el Virrey, asombrado: «...cuando vi que uno de los medios que proponía el profesor D'Elhuyar, en consecuencia del informe que le pedí para conseguir algún progreso o procurarlo, era el de aumentar los gastos en considerable cantidad, no me detuve en re-

---

(180) Sin embargo, no se atendieron aquellas sugerencias en cuanto a la legislación. Y es curioso que en la Nueva Granada no rigieron las ordenanzas de Minería de Nueva España durante la dominación hispana, y que fue el Libertador años después de consumada la independencia, el que las puso en vigor en el año de 1829.

(181) Archivo Nacional, Bogotá. "Documentos Históricos", Sala de Catalogación 169, fols. 51 y siguientes. Informe de J. J. D'Elhuyar, 1 de Febrero de 1793.

presentar a su Majestad que en mi concepto eran gravosas y perjudiciales a la Real Hacienda las minas de Mariquita, en el supuesto de trabajarse por cuenta del erario» (182).

Aquello fue la sentencia de muerte de la empresa minera de Santa Ana. Pudo tardar varios años, como tardó en efecto, el cumplimiento de la pesimista idea del Virrey. Pero ya quedaba sembrada en los planes de la Corte y engendrado el propósito de su acabamiento.

De nada le valió a D'Elhuyar traer el ejemplo de Sajonia, «el país más bien poblado, más rico y más comerciante de toda Alemania», en donde el Elector no cobraba ninguna regalía del ramo de minas, sino que sus productos se reinvertían en el fomento de ellas. De nada añorar su visita en 1782 a los veneros de plata de Konsberg, en Noruega, que en dos ocasiones fueron abandonados por improductivos, y esos abandonos con sus infortunadas consecuencias, fueron de provechosa enseñanza para el Gobierno, que reanudó su explotación con fructuoso rendimiento.

Para terminar aquel prolijo análisis, D'Elhuyar insistía en recomendar el ya añoso proyecto de la formación de un Cuerpo de Minería, a imitación del que se había establecido en Méjico. Lo propuso en 1787 al Arzobispo-Virrey y éste ordenó a todas las Reales Cajas suministrarle las estadísticas de la fundición de oros, que D'Elhuyar esperaba conocer para redactar el prospecto de aquel instituto.

Mas el proyecto tuvo desde el principio mala sombra.

Para completar los datos de las fundiciones de oro y hacer un esquemático proyecto pasaron dos años. Ya el Virrey era otro. El señor Gil y Lemos en su efímero paso por la administración virreinal no alcanzó a resolver nada (183).

Renovada la proposición al sucesor, D. José de Ezpeleta, su hermetismo, descrito hasta con cierto misterio por el sabio Mutis, que compartía con D'Elhuyar la esperanza de ver formada aquella especie de sindicato patronal, no parecía dar vida al reiterado consejo del Director. «Será muy regular que podamos inclinar al señor Ezpeleta, si es que podemos entrarle a un personaje de su silencio

---

(182) Relaciones de mando de los Virreyes de la Nueva Granada. Edición de G. Giraldo Jaramillo. Bogotá, 1954, pág. 169.

(183) Publicado por Don Vicente Restrepo en su "Estudio sobre las Minas de Oro y Plata de Colombia". Bogotá, 1888, pgs. 306 y siguientes.

y carácter...» «Si hay tibieza en promover el plan del cuerpo de Minería, puede proceder de lo que hemos hablado» (184).

¿Y qué habrían hablado? Aquí Mutis está tan reservado como Ezpeleta.

El hecho es que nunca llegó a constituirse aquel cuerpo cuya organización sobre las bases que sugirió D'Elhuyar, de llevarse a cumplido efecto, quizás le hubiera conservado a la Nueva Granada el primer puesto en la producción de oro, que había alcanzado en el siglo anterior.

Los dos —Mutis y D'Elhuyar— habían informado al Virrey sobre las ordenanzas proyectadas por el Oidor D. Juan Antonio Mon y Velarde. El texto de ellas no ha podido encontrarse. Los dos sabios las elogian y las consideran inspiradas en parte en las que regían en Nueva España. En ellas se concede al descubridor de la mina el derecho a adquirir conveniente área del terreno en que se encuentra. Además, se establece una jurisdicción especial para los negocios de minas (185).

Al fin resultó mejor que a Ezpeleta no le hubiese entusiasmado el Cuerpo de Minería que Juan José reputaba como el remedio de todos los males de la industria. Y el mismo D'Elhuyar acabó por prescindir de aquella ilusión.

Se le desvaneció su hermano con un par de cartas en que le cuenta los pésimos resultados que ha tenido en Méjico su Cuerpo de Minería.

Además, el programa de Juan José suponía un cercén de los proventos reales en favor de la ideada corporación. Y en este agitado período era enorme candidez aguardar auxilios de la corona. Ardía la guerra hispano-francesa. La lucha en la frontera catalana con el Rosellón se ganaba y se perdía alternativamente. Lo mismo ocurría en el Pirineo occidental. La penetración ordenada por la Convención revolucionaria de París comprometía la seguridad y la integridad de la península española. Allí perecieron varios jefes ilustres. Y se llegó un momento en que el separatismo de las provincias vascongadas pareció mirar la guerra como una esperanza de la ambicionada autonomía.

¿Qué podían obtener las colonias, cuando precisamente se con-

---

(184) Archivo Epistolar de Don José Celestino Mutis, I, 163.

(185) Archivo de Caycedo. Informe de J. C. Mutis y J. J. D'Elhuyar, 18 de Febrero de 1789. "Bosquejo biográfico del señor Oidor Juan Antonio Mon y Velarde" por Emilio Robledo. Bogotá, 1954, I págs. 141-143.

fiaba en sacar de ellas los auxilios necesarios para sostener la lucha? ¿Qué la aldehuela argentífera de Santa Ana?

Y Fausto decía sobre su situación en Méjico:

«Nosotros, que no pedíamos nada; nosotros que ha tres años tenemos por allá nuestro arreglo; nosotros, que en este tiempo no hemos dejado de agujonear para su despacho; nosotros, que en el día estamos reducidos a dos solos ministros propietarios en el tribunal por haber muerto los demás; nosotros, en fin, que en lugar de pedir damos un millón sobre otros que tenemos dados anteriormente, no podemos lograr que nos arreglen o nos desarreglen más, que es lo más natural. ¿Y quieres que tu solicitud se atienda desde luego?» «Echate, pues, a dormir y no te calientes mucho la cabeza».

Y prometiendo enviarle luego papeles que le probasen el fracaso del Cuerpo de Minería de Méjico terminaba:

«Entre tanto me parece que conocerás cuánto te conviene instruirte a fondo de lo que aquí ha pasado y pasa, antes de proponer como modelo este gobierno. Aquí ha costado la vida a sus dos primitivos fundadores y los demás han ido también muriendo de resultas, de modo que no ha quedado ya ninguno».

Y Juan José no volvió a pensar más en su Cuerpo de Minería.

Otra incómoda incertidumbre había traído preocupado a D'Elhuyar desde principios de aquel año.

Un día le había dicho desde Méjico su hermano Fausto:

«Hace cosa de un mes que llegó a ésta D. Andrés del Río, nombrado por su Majestad para la cuarta clase de mi colegio».

«Por él he sabido que un compañero suyo, llamado D. José Ricaurte, ha pasado de orden de su Majestad no sé con qué destino relativo a minería; pues aunque aquél juzga iba destinado para las minas de Mariquita, no comprendo el cómo ni la necesidad. Los dos sujetos pasaron a propuesta mía de París a Schemnitz, con cuyo motivo tuve ocasión de tratarlos y conocer su genio en mi último viaje. A consecuencia de esto, tanto como me alegré cuando tuve la noticia de haber sido destinado Río para acá, siento ahora el que te haya tocado en suerte Ricaurte, porque entonces era muy caviloso, tramoyista y superficial en todo; y, según me informa su compañero, él no ha pensado después en trabajar, sino en pasar buena vida en Viena y otras partes, engañando al Ministerio con pretextos frívolos» (186).

---

(186) Archivo de Caycedo. Carta de Fausto a Juan José, en 15 de Enero de 1794.

Tenía que ser. Para Fausto un compañero de la clase científica que siempre reveló el que le adjudicó su buena suerte. Para Juan José el otro, enredador e intrigante, que su mala ventura le tenía reservado.

Pero esta perspectiva se deshizo imprevistamente. La nueva inquietud pudo atormentar un tiempo a Juan José, que aún menos que Fausto comprenda por qué habían de agregarle un compañero que le causara más problemas, cuando ya le bastaba con los de su cuñado Angel.

Sin embargo, por otro conducto le llegó a Juan José la verdadera noticia y fue él, entonces, el que tuvo que apaciguar a su hermano. Porque el D. José —que no era Ricaurte sino Ricarte— no venía destinado a las minas mariquiteñas, sino a las de la provincia de Quito. Solo que tenía el encargo de visitar, de pasada, el Real Minero de Santa Ana, para enterarse de sus métodos de explotación y aplicarlos luego en los yacimientos ecuatoriales.

Nada más. Fausto, más desconfiado que su hermano, insistía: «Aun esto poco me tendrá con cuidado hasta que me avises que ya concluyó su reconocimiento de Mariquita; porque recelo que su cavilosidad y audacia pueda darte que sentir».

Pero no dio nada que sentir Ricaurte. Le acabó la muerte cuando iba a embarcarse en La Coruña.

Fausto debió de descansar de sus preocupaciones; Juan José siguió tan impasible como lo dejó la nueva de que su hipotético ayudante no era tal, sino que iba a otro país. Más vivo de imaginación el primero y propenso a precipitarse en sus juicios, le da la razón a un estudioso del carácter vasco, Julián Vinson, que afirmaba ser esa una de las condiciones de aquel pueblo. Pero lo contradice el segundo, y con él otro vascófilo, Rodney, quien no ve en la imaginación pronta sino en el reposado pensamiento la nota saliente de la raza.

¿Cómo iría a ser el Aguilucho? ¿El imaginativo o el pensador? ¿El tío o el padre? ¿El éxito gozado o la apoteosis tardía?

Nacido para la gloria, como en la elegía de Gray, su existencia, que ya no encuadra en esta biografía, iba a discurrir como la de un guerrero de la epopeya clásica.

Fue esa la verdadera, la efectiva contribución de su padre a la creación de una patria nueva. Si el nombre del sabio se hubiese borrado en los anales de la química, se hubiese perdido en el laboratorio de Vergara, hubiese escapado a la investigación de egregios

profesores que lo proclaman descubridor del tungsteno y con ello autor de una de las bases de la civilización material contemporánea, aquella paternidad lo hubiese rescatado del olvido y en hombros de su hijo se hubiese salvado a perpetuidad en las hazañas de Tinaquillo, de las Vigías, del Bárbula, de Puerto Cabello.

Adivinando lo que hubiera sido el joven dijo Tomás Rueda Vargas: «...Luciano D'Elhuyar, en quien había madera bastante fina para hacer un Sucre, doblado en un Caldas» (187).

## XII.—PRIMER EXPLORADOR Y DUEÑO DEL PÁRAMO DEL RUIZ

En las mañanas limpias, sobre un mar de neblinas cardadas, asomaba el Páramo del Ruiz su caparazón de nieve. Sin dejar memoria de sus primeros exploradores, el lomo de los Andes, empinándose allí hasta congelarse sobre el real de Minas de Santa Ana, en una geografía de vértigo, era una invitación para el geólogo que veía a su alcance el fabuloso paisaje cósmico. Ya el laboratorio no llevaba a D'Elhuyar a sorprender, en audaces reacciones químicas, el secreto de los elementos. Era la naturaleza abierta, en su primitiva doncella, la que le hacía adivinar rocas extrañas, vetas opulentas, campo ilímite a su pasión científica.

Recordaba, tal vez, de sus años de estudio, las montañuelas de Freiberg, las excursiones a los riscos sajones del Hartz, el trastorno geótico de las serranías escandinavas. Del subconsciente del sabio emergía una visión de picos pirenaicos que le traían a la mente el panorama de Vasconia. Y aunque faltase aquí la típica arquitectura y las aldeas esparcidas en hondonadas, colinas y vallecitos, la altura, la sola altura de las peñas bravas y de los bosquecillos culminantes, bastaban a traer la amada evocación.

Y junto con esto, la tentación de los conquistadores. La misma que más de dos siglos atrás había inducido a Hernán Pérez de Quesada a enviar al Capitán Baltasar Maldonado para que reconociese aquellas sierras nevadas que se veían desde Santa Fe, porque en las Indias en ese tiempo se tenía «por común opinión que toda región donde la nieve hacía asiento, era rica y próspera y muy poblada» (188).

---

(187) "La misión científica de Boussingault", en el boletín de "Historia y Antigüedades", vol. XXVII, pág. 413.

(188) Fray Pedro de Aguado. "Recopilación Historial", Bogotá, 1906. Página 235.

El cargo de Director de Minas y sus trabajos en los yacimientos argentíferos del rey no vedaban a D'Elhuyar acometer por su cuenta otras actividades, no incompatibles con sus labores oficiales.

### *Mediados de 1792*

Y entonces emprendió la más antigua excursión al Páramo del Ruiz, de que se tenga noticia (189). Hacía mucho tiempo que los indios de la provincia de los Palenques, que atajaron el paso al viejo Capitán Maldonado y contribuyeron a frustrar su expedición, habían sido avasallados o habían abandonado las comarcas circundantes.

Ahora sólo se encontraba el desierto y la soledad. La historia merece oírse de labios de D'Elhuyar, cuando se la relata a su hermano Fausto (1793):

«Ya hace algunos meses que no te escribo, por haber estado en diferentes peregrinaciones, y entre ellas a registrar un nevado que está a veinte leguas al poniente de este Real, cuyo exploro, que me ha costado bastante dinero, lo he hecho a mis expensas, habiendo tenido que abrir todo el camino por montaña cerrada. El fin que llevaba al principio era la curiosidad y la esperanza de descubrir algunos minerales, creyendo estaba mucho más inmediato. Hallándome ya empeñado continué con la empresa y encontré en las faldas del nevado unas tierras abiertas, muy hermosas, de ganado mayor y pan coger. Pero lo más esencial es que en ellas se encuentra muchísimo ganado vacuno cerrero, sin dueño alguno, y que se ha propagado por sí mismo en más de 170 años, que no se ha entrado en ellas, ocasionado por el alzamiento de los indios Pijaos a los cuarenta años de la conquista, los que destruyeron todas las poblaciones que estaban a una y otra banda de esta cordillera, hasta Popayán».

«Es de presumir que por aquel tiempo quedarían algunas reses en esas tierras y no habiéndose poblado después en aquellas inmediaciones, han estado ignoradas hasta ahora. Se me han concedido por la Real Audiencia quince estancias de tierra, de merced, y se están haciendo las diligencias del ganado que puede haber y su tasación (porque es del Rey), para satisfacer su importe».

Y entra después en los dominios de la Geología que le subyuga más que los ganados mostrencos: «El nevado ha sido volcán antiguamente, según parece por los fósiles que se hallan. Los farallones

---

(189) Archivo de Caycedo. Carta original de Don Vicente Lee (en Mariquita) a D. Juan José D'Elhuyar (en Santa Ana) a 9 de Septiembre de 1792.



o peñones de él son de lava muy sólida, aunque en esto tengo algunas dudas, por encontrarse en estos contornos de por aquí algunas peñas y, sobre todo, piedras rodadas en el río grande de la Magdalena y demás de esta cordillera que caen en él, de roca porfírica que he tenido o considerado por *saxum metalliferum*. Tiene esto *schort* negro (190) en más o menos cantidad y granos, no globulosos, sino longitudinales, que en algunos pedazos tienen mucha semejanza con el *feld Spato* y en otras se aproximan más a una especie de *Schort* blanco. De esta misma piedra se componen los farallones de las inmediaciones del nevado, con la diferencia de presentar la de éstos en su fractura un aspecto más brillantes y como vidriosos».

Reconoció en aquellas formaciones la presencia de esquistos arcillosos con venas de cuarzo, azufre y piedra pómez (191).

Así como D'Elhuyar ha llegado a sufrir la injusticia de que el descubrimiento del tungsteno metálico, que él halló, se atribuya a su hermano Fausto o a su amigo Schéele, o a su profesor Bergman, también su ascenso al páramo del Ruiz, acaso el primero en la historia, pasó tan ignorado, que otros excursionistas posteriores van adornándose con la gloria de la proeza.

No fueron los exploradores de 1843 los primeros que se sorprendieron con el hallazgo de fuentes termales en la región del Páramo del Ruiz (192).

El primer sorprendido fue, cincuenta años antes, el señor D'Elhuyar, que dice:

«Lo que se encuentra de muy particular son dos ojos de agua caliente agria, a corta distancia uno de otro y tan abundantes que casi podrían hacer andar un molino. El temple es de 60 grados del termómetro de Reamur; su agrio, como el de un vinagre fuerte. Es un verdadero ácido vitriólico, muy desleído. El olor que despiden en la fuente es como el de pólvora quemada. Deposita azufre, aunque en muy pequeña cantidad, y esto sólo en las inmediaciones de la fuente. Todas las piedras de la quebrada por donde corre, están como incrustadas de una materia blanca, que sin duda es efecto de la acción del ácido vitriólico sobre ellas. Traje cuatro limetas de agua, pero no he tenido lugar de hacer el análisis».

---

(190) Turmalina negra.

(191) V. Fr. Pedro Simón III, 126, 127, 128 y IV, 186, 188.

(192) V. Restrepo Maya. Apuntes. R. P. Fray Pedro Fabo, "Historia de la Ciudad de Manizales", 1926. Tomo I, págs. 35 a 45. "Testimonio de un pueblo", por Otto Morales Benítez, págs. 11-15.

Y toda esta historia no valía sino para aumentar su angustia. Aun el éxito se teñía de sombras. El tiempo no era sino un fugaz momento que hacía más sensible, casi desesperante, la vecindad de la dicha sin poder alcanzarla:

—«Esta fuente está dentro de los linderos de mis tierras. Con sólo su producto sería poderoso en Europa, y aquí no puede servirme por ahora de utilidad».

Y para concluir, la apoteosis:

—«Muy inmediato al nevado y en las vertientes de un río que llaman de Lagunilla, parece el terreno como de cinta de oro corrido; lo que sería remarcable en las inmediaciones de un volcán; no hubo proporción, por entonces, de hacer la cata. Todo aquel terreno es muy curioso, pero fui tan a la ligera y las ocupaciones para marcar los linderos fueron tantas, que no tuve lugar para nada. Algún día iré más despacio y lo registraré a mi gusto» (193).

El neptunista que no había olvidado las lecciones del eminente Werner en Sajonia, se hallaba ante un caso de vulcanismo que parecía ideado por Hutton para desconcertarlo. Por eso tenía sus dudas en cuanto a la constitución de las peñas y farallones del páramo. Por eso la cinta de oro corrido le parecía exótica en los alrededores de un volcán.

Y quedó esperando ansioso otra oportunidad para completar el estudio apenas iniciado en aquella primera excursión.

Sin embargo, otro plan le sacó entonces del Real de Santa Ana para llevarle a lugar más lejano: la empresa de la mina de El Sapo, para cuya explotación consiguieron asociarlo con ellos el sabio Mutis y los hijos de Don Pedro Ugarte. El prospecto era promisorio y en apariencia menos aventurado. Entonces D'Elhuyar resolvió trasladarse a la mina de El Sapo, en jurisdicción de Ibagué, en las cercanías de Miraflores.

Esto lo obligó a pensar en un mayordomo que le administrase las estancias del Páramo del Ruiz y le trajese las muestras de los minerales de aquella tentadora cinta de arena jalde que apenas había alcanzado a reconocer al paso de su cabalgadura.

Y entonces recordó que desde hacía tiempo su amigo Don Pedro Diago, Oficial Real de la Villa de Honda, le había recomendado para cualquier acomodo a un Juan Isidro Jaramillo, encaján-

---

(193) Archivo de Caycedo. Fragmento de borrador o copia de carta de D. Juan José a Don Fausto D'Elhuyar. Aunque sin fecha, de su coordinación con otros documentos se deduce que es de mediados de 1793.

dole el título de Don, que se resistía y rebotaba en su piel de mulato quiteño (194).

Y también en su alma. Porque a poco de llegar el Isidro empezó a descubrir su mala vena. Disoluto, áspero y cruel con los peones, su solo nombre ahuyentaba a los trabajadores y ponía en fuga a los esclavos. Sin embargo, sabía disimular y hacerse el pequeño con los superiores. Por esto y por su intrepidez en los peligros, D'Elhuyar cayó en el engaño, y lo juzgó a propósito para dirigir la empresa de los ganados y de las minas en sus tierras del Páramo del Ruiz.

Con él había ido a principios de 1793 en su primera expedición, a lomo de mula y de buey, con tantos recursos y consideraciones, que, como le decía su tío político Don Vicente Lee, el mulato quedó «mal enseñado». Para esta segunda entrada al páramo, sus exigencias no tenían límite. En busca de peones que quisiesen acompañarle, inquietó a los mineros del Real de Santa Ana, hizo y deshizo planes, concertó pagas excesivas y al fin, desde el lugar de Coloya, se internó en las desiertas alturas nevadas del Ruiz (195).

### *23 de Julio de 1793.*

No le valió a D'Elhuyar la generosidad con que dotó esta expedición, ni a Don Vicente Lee el cuidado que puso en que nada faltase en ella. Al cabo de un mes ya estaba de regreso el mulato Jaramillo y Don Vicente se lamentaba del «mal éxito de nuestra expedición del Páramo. Y las causas son el no prevenir todas las cosas necesarias con tiempo, como mulas para los transportes, con aperos y otros muebles indispensables, y haber solicitado un mayordomo honrado, y no este bribón hablador que no ha quedado sujeto en ésta (Mariquita) a quien no haya vociferado que vuesa merced le debe porción de dinero y que no le paga, y que la mala conducta mía es causa de lo poco que se ha hecho en el Páramo, quejándose igualmente de que les ha faltado el alimento y que se han visto en términos de perecer, siendo así que sólo bizcocho les ha faltado, por causa del mismo Jaramillo, que mandó orden a las obligadas a dar bizcocho que se suspendiera y que no entraran más abastos por

---

(194) Archivo de Caycedo. Cartas originales de Don Pedro Diago (Honda) a Don Juan José D'Elhuyar, a 14 de Diciembre de 1785 y 9 de Enero de 1786.

(195) Archivo de Caycedo. Carta original de Don Vicente Lee (Mariquita) a Don Juan José D'Elhuyar (Minas de El Sapo) en 31 de Julio y 7 de Agosto de 1793.

Coloya, sino por Santa Ana, por tener más a menudo noticia de la inquietud que allí tiene».

La inquietud era cierta mancebía que traía ocupadas a las justicias de Santa Ana, siguiéndole un proceso cuyas resultas él trataba de esquivar. Y aun puede suceder que ésta fuese la causa de otros autos de que hay noticia por el atentado del mulato que persiguió, cuchillo en mano, por las calles del poblado, a un padre capuchino que predicaba entonces en una misión.

Para acabar de enterarse del costoso fracaso y de la sinrazón de las murmuraciones de Jaramillo, hay que oír a Don Vicente :

«... cuando entraron (al páramo) el 23 de Julio, (de 1793), llevaron el terneron que tenía vuesamerced en este llano, salado, y allá mataron al buey colorado; 9 almudes de bizcocho, 8 reales de dulce, un saco de cacao y de maíz; y peones hubo tres no más en los principios, y luego dos, porque uno enfermó y dos se huyeron, llevándose algo de avíos, herramienta y dinero. Conque, vea vuesamerced si pudo haber extrema necesidad. Y si hubo alguna fue él la causa, como también lo es de no haber podido coger res, porque aunque se pusieron lazos, los mandó quitar a pocos días y comenzó a tirar balazos a cuantas se presentaban, faltando en un todo a sus órdenes y a las mías, con lo que está el ganado sumamente avisgado. El fusil lo trajo en tres pedazos; dice lo rompió en una vaca que le embistió... Este fantástico hasta me da a entender quiere ración de vino y aguardiente, lavandera, y quien le almidone, y dinero aparte. Yo le he dado, aun sin orden de vuesamerced diez pesos que quería, y mucho más que no le he dado. Y este es el origen de infamarme a mí y a vuesamerced, y porque le he prevenido no pase a Santa Ana, porque hay orden de arrestarlo, por el concubinato que allí tiene».

Ciertamente, de las características que se atribuyen a la raza vasca, se ve que D'Elhuyar nunca había tenido o que había perdido por entero la suspicacia, la prudente desconfianza que es la natural reacción defensiva del que ignora cómo serán los demás.

Puso ingenuamente en las manos de aquel hombre uno de sus más dorados sueños. Y de su osada empresa, tal vez la única que hasta entonces se atrevía a plantar vivienda humana en los helados riscos, no quedó sino algo de que no es posible esperar que haya subsistido huella alguna :

«La casa quedó empalmada menos de la mitad, y no encuentro peón que quiera entrar por ningún dinero. Y mi empeño es que se

concluya y quede la huerta cercada y sembrada... hasta el enero que venga vuesamerced y dispongamos otra cosa» (196).

Cuando el mulato Don Isidro, echando a perder la expedición, bajó del Páramo, no dijo nada a Don Vicente Lee de haber reconocido mina alguna ni de haber traído las muestras de minerales que D'Elhuyar esperaba. Pero no guardó con éste el mismo silencio, cuando algún tiempo después fue a la mina de El Sapo a darle cuenta de su viaje (197), pues le dijo haber reconocido dos o tres minas de oro y aun le trajo una bonita muestra de mineral de plata. Pero se calló el lugar en que las había encontrado, se atribuyó a sí mismo el descubrimiento del ganado mostrenco y de las minas y se negó a enseñar una piedra tahonada de oro que traía con harto misterio.

Ya no eran sólo reticencias y disimulos, sino franca posición de rebeldía y desconocimiento de los derechos de su patrón.

D'Elhuyar lo había recibido afablemente, pero dos días después, a ajustar cuentas, reconvino a Isidro sobre algunos gastos inútiles de la expedición. Jaramillo no quiso oír más y sin atender razones, volvió a Mariquita. La escena la presenciaron Don José Gutiérrez Moreno y Don Alejo Palacios. Todavía, al marcharse, pretendió que D'Elhuyar le diese su famosa mula, para hacer el camino hasta San Luis. Pero la ingenuidad del sabio no llegó a tanto. El descontento que le produjo al mulato la terminación de aquellas relaciones, con lo que perdía la esperanza de nuevos abusos, se le convirtió más tarde en zalamería, cosa no extraña en gentes de esa laya. Y Don Vicente Lee, con la cordura que da la experiencia y el conocimiento de los prójimos, analizaba así lo que había de verdad y de mentira en los informes del mayordomo:

«He reconvenido a Jaramillo por la silla de montar y ha quedado de entregarla, y está muy jovial, y pronto a ir al Páramo a enregar lo que estaba a su cargo, pero dice sea pronto, porque en la Pascua se va para la provincia de Antioquia, y se me ha humillado terriblemente. Le he hecho cargo de su iniquidad en no descubrir la mina de que llevó muestra y he reflexionado que no hay tal veta en el Páramo y que el pedacillo de mineral con pinta de

---

(196) Archivo de Caycedo. Carta original de D. Vicente Lee (en Mariquita) a Don Juan José D'Elhuyar (en esos días en Santa Fe) a 8 de Septiembre de 1793.

(197) Archivo de Caycedo. Carta original de Don Vicente Lee (en Mariquita) a D. Juan José D'Elhuyar (Mina de El Sapo), a 4 de Noviembre de 1793.

oro que anduvo enseñando lo pudo adquirir en Santa Ana, en donde creo se han hallado algunos pedernales con sus pintitas, y con ella engañar a vuesa merced. Porque hágase cargo vuesa merced que si este hombre hubiera encontrado en el Páramo veta de oro y teniendo peones bastantes y herramienta, ¿se hubiera contentado con sacar una piedra tan chica como me dicen que era? Parece regular que, cuando no en esa entrada, en otra, continuara la carta y lo mismo me parece sucederá con la de oro corrido, que dijo que en un mate había cateado en una chorrera y había sacado cerca de un castellano. Y si esto fuera así, hasta ahora estaría Jaramillo sacando oro, aunque fuera con las uñas» (198).

Cuando el mulato *Don* Isidro subió de nuevo al Páramo, persistía en repetir el cuento engañoso de las minas. Víctima de su credulidad fue en esa ocasión Don José Gutiérrez Moreno, a quien Don Vicente Lee, su cuñado, había encargado de recoger todos los efectos de D'Elhuyar que había dejado allí el mayordomo infiel en su anterior excursión. Y víctimas fueron también los peones Agustín Molano, Santiago González y Juan Leiton.

(Continuará)

---

(198) Archivo de Caycedo. Carta original de Don Vicente Lee (en Mariquita) a D'Elhuyar (en El Sapo), en Diciembre de 1793.